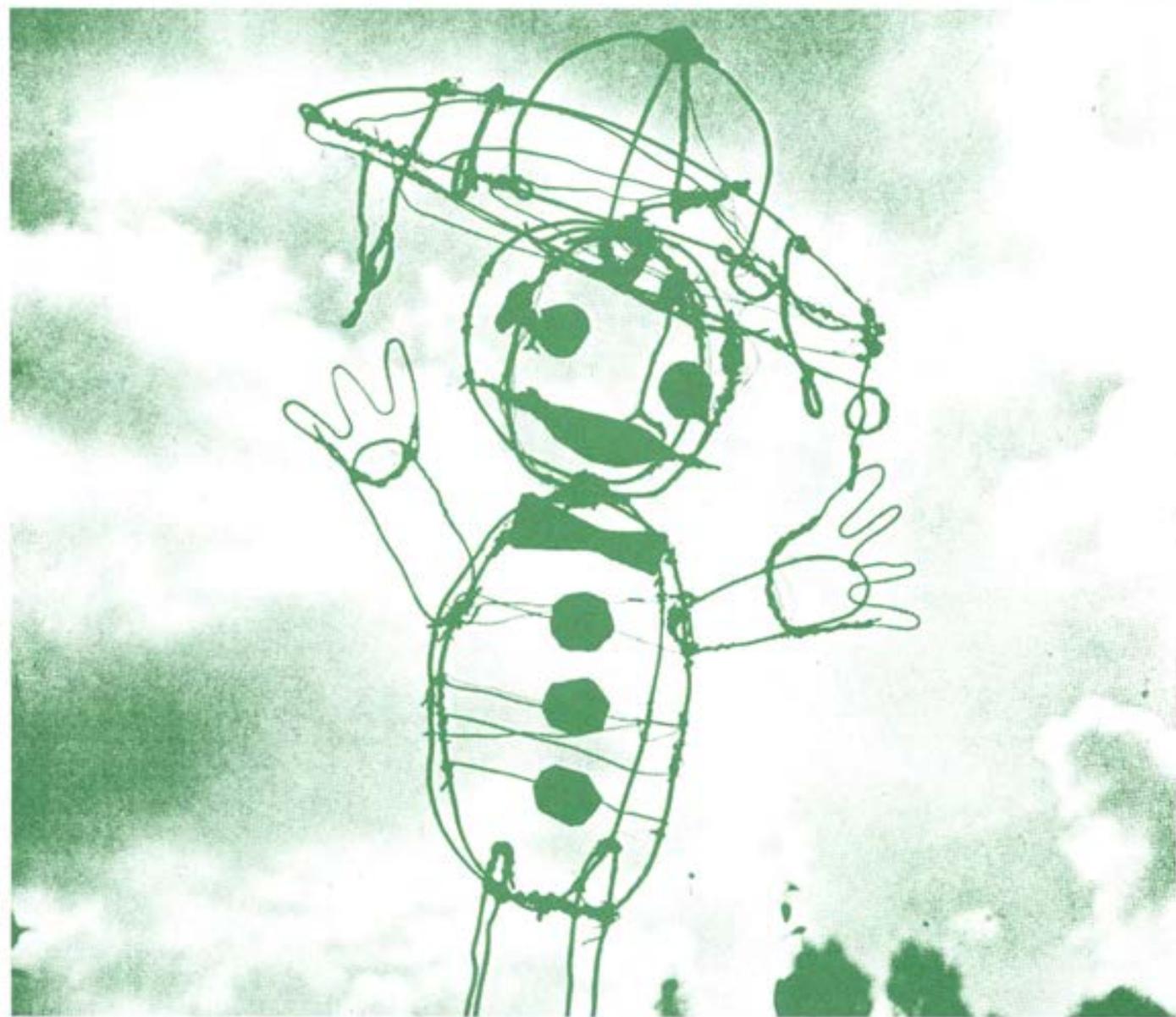


Hay muchas ocasiones al año para comprar y regalar un juguete. Pero, ¿qué pasaría si intentásemos que fuesen los niños los fabricantes de sus propios juguetes?

Cuando el niño fabrica sus propios juguetes...



La mayor parte de los padres piensan que la creatividad del niño se expresa sobre todo en la pintura y en el dibujo; pero, si observamos su actividad atentamente en ambientes distintos del urbano, nos podemos preguntar si la fabricación de toda clase de objetos y juguetes no es una creación mucho más espontánea y más natural, en la que participa todo el cuerpo, y no sólo la punta de los dedos.

En las sociedades rurales, los niños fabrican tradicionalmente sus juguetes. Aunque lo normal es que a los más pequeños les proporcionen los juguetes sus padres, haciéndolos ellos mismos o encargándoselos a un artesano, ya desde muy pequeños los niños se dedican a fabricar sus propios juguetes, utilizando materiales adecuados a su capacidad motriz y a la fuerza de sus manos. Los pequeños juegan mucho con arena, hojas, palos reproduciendo animales, utensilios o nada en concreto; el objetivo es crear juguetes que ellos mismos puedan llenar de vida. Según van creciendo empiezan a dominar el mimbre, la madera, la piedra, el alambre y la hojalata. Hay una cosa clara: no tienen ocasión de dibujar como los niños de los países industrializados.

¿DIBUJAR O FABRICAR JUGUETES?

Algunas investigaciones sobre el desarrollo del niño occidental muestran que nuestros niños podrían adquirir más rápidamente el sentido de la profundidad y de la perspectiva, a través de la representación de objetos con volumen en el espacio. Al observar a los niños africanos nos da la impresión de que lo primero que les atrae es la reproducción de los objetos en volumen. Sin duda, dibujan, cuando se les ofrece la ocasión, en las paredes, sobre el papel, sobre la arena. Pero cuando encuentran un material que les permite recrear el volumen, como la arena, utilizan siempre en primer lugar esta posibilidad.



La representación espontánea del volumen aparece clarísima en los juguetes de alambre. Doblando, trabajando, enrollando, el pequeño artista delimita exactamente en el espacio la estructura de un coche o de un avión. Y el capot no queda desproporcionado en relación con las ruedas. Las masas quedan bien repartidas, y el trabajo se va afinando, con la edad, hasta que puede llegar a reconocerse la marca y el modelo. Para el niño este juguete representa una transposición de la realidad a la que él añade la belleza de su propia creación. Quizás, como no tiene el alcance de su mano reproducciones exactas en miniatura, no le basta con arrastrar por el suelo una caja de cerillas haciendo «broum-broum». Se preocupa sobre todo de darle la apariencia de un coche y conseguir, por ejemplo, que las ruedas den vueltas; quiere experimentar el placer de sentirse un conductor. Esta es una de las razones por las que el dibujo no le satisface del todo: es una abstracción, una transposición que no llena su necesidad de crear manipulando y de identificarse con su juguete.

Con frecuencia se piensa que la fabricación precoz de los juguetes favo-

rece y desarrolla en el niño africano un tipo de creatividad fundamental que no se tiene en cuenta en nuestra educación. Es así: todo un contexto cultural y económico favorece esta educación de saber hacer las cosas.

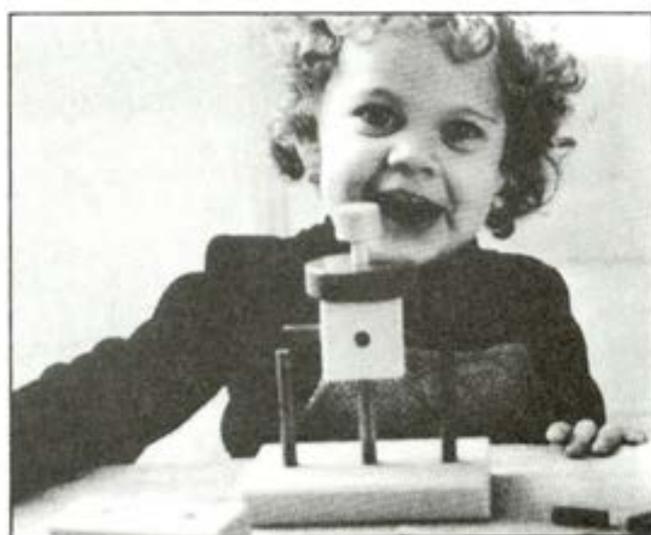
Se basa en la observación y en la actividad, más que en la palabra. No se trata de hacer preguntas a los padres. Al niño se le pone en circunstancias de descubrir las cosas por sí mismo; su único recurso es el de observar y deducir las cosas por sí mismo, de observar y deducir a partir de los datos de cada día: «si el autobús tiene aquí su parada es porque el chófer es amigo del de la gasolinera y necesita gasolina». Esta historia que reproduce al jugar, la ha captado de la realidad, ha deducido de ella los datos evi-

dentos y los implícitos y la ha vivido con toda intensidad. En un medio europeo, en la primera ocasión que tiene el niño pregunta: «¿por qué se para el coche aquí?» y el padre le contesta: «porque en las gasolineras es donde se coge la gasolina». Generalización, verdad abstracta que distancia y somete a reglas el problema. El niño africano también llega a la abstracción, pero por otros caminos: experimentalmente, como en la reproducción de coches en alambre. Otras veces también por la palabra; así los cuentos que oyen tanto niños como adultos, trasladan situaciones humanas, a veces muy complejas, al reino animal.

La manera de fabricar un juguete en un niño revela su capacidad de descubrir el medio y reproducirlo. No es accidental constatar que nueve de cada diez juguetes fabricados por los niños de países industrializados son maquetas construidas con piezas prefabricadas, siguiendo los datos gráficos de un plano. El niño africano que fabrica un juguete es, ante todo, un niño autónomo que encuentra en su propia experiencia los elementos esenciales de su desarrollo progresivo. Nosotros estamos abocados a poner

en funcionamiento un sistema de razonamiento, a hacer que se busque una información segura. Es indispensable en nuestro mundo dominado por la tecnología, pero esto hace que el niño dependa de un saber exterior, obtenido de los adultos.

Evidentemente el niño africano, que fabrica sus juguetes en un medio rural, puede observar y comprender la mayor parte de los mecanismos de este medio. Y en el hecho de que él mismo fabrique sus propios juguetes se traduce su captación directa de la realidad social. Esta realidad es diferente en distintos lugares. En Africa, cuando se regala a una niña un mortero ella machaca realmente el mijo. Si el niño se fabrica un tirachinas, hará con sus amigos un concurso de



puntería; tirará al blanco, pero también a los pájaros para asarlos y sobre las frutas para tirarlas y comerlas. El juguete del niño africano y el juguete industrial tiene su punto de contacto, en el momento en que el niño es más dependiente del adulto. Pero las diferencias, según las culturas, surgen enseguida. Para el niño africano los materiales están ahí, al alcance de la mano. Y lo mismo las herramientas. El niño occidental pedirá prestado el triturador de legumbres de su madre, pero el objeto no es más que un mecanismo que se puede desarmar, no un lazo de unión con la realidad concreta, la menestra.

¡ES MIO, ES MIO!

Existe una diferencia parecida respecto al sentimiento de propiedad: el niño europeo ve los juguetes colocados en los estantes del supermercado, en los escaparates. Sabe que podrá, probablemente, hacer que sus padres se los compren, y entonces serán suyos. Esto da al juguete un significado muy particular: medida del amor de los padres, sentimientos de superioridad, placer de la posesión. Todo en una fuerte depen-

dencia del mundo de los adultos y en una dependencia inicial (que no hará más que crecer) del dinero. Un ejemplo para ilustrar esto segundo: crece la moda de las muñecas maniquí, tanto auténticas muñecas, como soldados y astronautas, y sus accesorios. Los niños, ¿no perciben inmediatamente que les falta un compañero de juego? Las familias ya no son numerosas, y las casas reducidas, no disponen de espacio para recibir a los amigos. Por eso se comprende el éxito de los maniqués. Pero partiendo de un muñeco comprado, nadie les impide que ellos mismos fabriquen los acce-

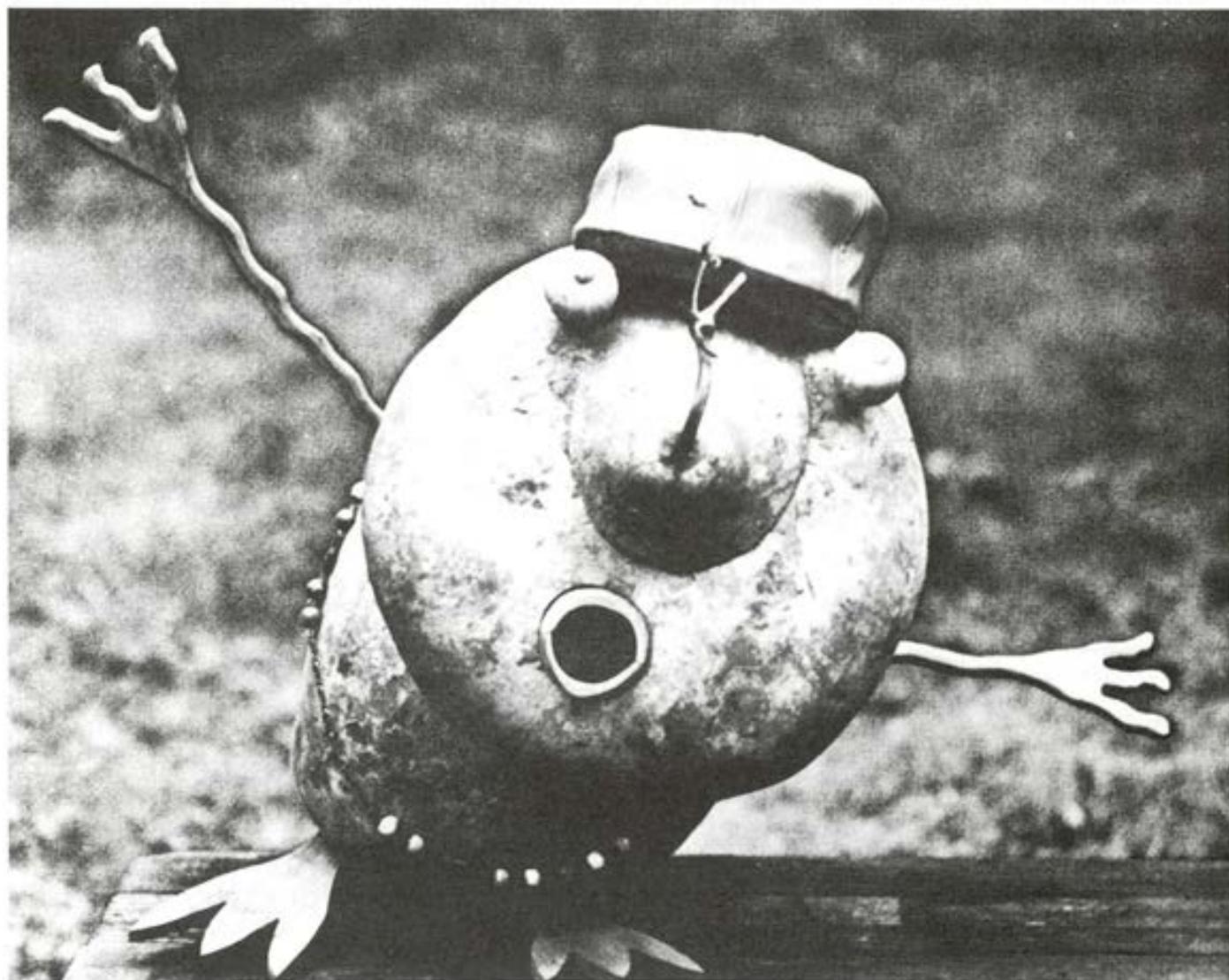
nar. ¿No parece aquí, calcadita, la actitud de los adultos, con la jerarquía de valores que está implicada en esta manera de actuar? La afirmación del yo se manifiesta con mucha más frecuencia por lo que se tiene, que por lo que se es. El ingenio, la creatividad se miden, sobre todo, por los éxitos materiales. Hay que tener «ideas que se vendan».

El niño africano también se encariña con sus juguetes, sobre todo la niña que acaricia su muñeca de paja y de trapos viejos a la que ella llama, desde luego «bebé». Pero no es un equivalente de nodriza, no siente la

con gusto, si se trata de algo que pueden sustituir con facilidad. Pero si el juguete es único o especialmente logrado, lo retienen.

El juguete es la prolongación del yo, de la propia capacidad de crear, y representa lo que cada uno es en el grupo. El dinero puede entrar en el circuito, pero de otra manera: si un niño llega a tener un juguete excepcional, puede venderlo a un amigo.

—El prestigio no viene de la posesión, sino de la creación y el valor del juguete reside, ante todo, en el placer que produce su utilización. Los juguetes circulan entre niños, grandes o



sorios: vestidos o instrumentos variados. Algunos niños lo hacen: fabrican casas, vestidos, coches... Pero la mayoría están a la caza de la aparición en la tienda de nuevos complementos, se los piden a sus padres o empiezan a ahorrar para poder comprarlos. No pueden imaginar otra manera de proceder; el circuito comercial es omnipotente: en las tiendas, en la TV, en la publicidad de las revistas. El interés por el juguete está inseparablemente unido a su valor en dinero, sobre todo ante sus compañeros. A este sentimiento, en algunos hay que añadir el placer de acumular, de coleccio-

atadura a este juguete único e irremplazable. El juguete que le apetece y que ve en las manos de otro niño es un juguete que puede tener: basta ser ingenioso, hábil, suficientemente mayor para poder fabricarlo. En realidad puede hacer que se lo fabrique un mayor. El deseo del juguete le impulsa a la independencia, a la afirmación de su yo.

EL PRESTIGIO DE UN JUGUETE

Por eso los niños, cuando un extraño les pide un juguete, lo regalan

chicos. En Africa las relaciones de propiedad entre los adultos son muy distintas que entre nosotros. Es frecuente la propiedad colectiva, y no sólo se ve como normal, sino que se siente como lo mejor el compartir la utilización de todos los utensilios: es un lazo suplementario entre los miembros del grupo, un signo de buena integración social.

Pero aunque la base de nuestro sistema sea capitalista ¿no damos demasiada importancia a la propiedad del juguete, a las distribuciones «para cada uno», sobre todo en Reyes: la bicicleta es para Clementina, el tren

para Eduardo, el camión para Anitoñita...? ¿Y si no tuviese cada juguete su cartelito? La experiencia de las ludotecas nos ha enseñado que la propiedad no añade absolutamente nada al placer de jugar. El niño acepta sin problemas devolver el juguete que ha tenido en su casa durante una semana. Incluso los encargados de las ludotecas que al principio dudaban al prestar los animales de peluche, esos juguetes llamados «afectivos», con los que los niños se encariñan, se han dado cuenta de que los niños quieren cambiarlos y piden otros nuevos.

Uno puede preguntarse si los niños africanos fabrican sus juguetes porque sus padres no se los compran. Pero también la pregunta puede hacerse de otra manera: ¿el tener juguetes fabricados por la industria impide que el niño los fabrique? No es nada claro. Son muchos los factores que intervienen limitando la creatividad del niño.

que los padres eligen en función de la idea que ellos se hacen sobre el desarrollo del niño, más que a partir de la observación! La dependencia del niño respecto del adulto es entre nosotros muy marcada. Idealmente, nos podríamos imaginar al niño disponiendo de una pequeña cantidad de dinero para comprar a su gusto lo que tuviese ganas, tanto en juguetes como en materiales. Pero un niño de esta edad, hoy, viviendo en la ciudad, ¿puede desplazarse sólo?, ¿puede ser considerado como un cliente?

SABER VALORAR LO QUE HACEN LOS NIÑOS

Felizmente, la situación general no es tan esquemática y sombría (aunque corresponde a la vida de muchos niños de la ciudad, en su familia y en la escuela). De la misma forma que el niño africano, nuestros niños tienen ganas de crecer, de comprobar por

Pero ¿estamos los adultos en situación de apreciar adecuadamente, las producciones infantiles? En nuestras familias en las que la televisión, las compras, las salidas, los paseos constituyen lo esencial de las actividades comunes (las actividades profesionales siguen siendo casi misteriosas para el niño que no tiene oportunidad de verlas), el juguete o el objeto fabricado por el niño no encuentra su lugar. Todo lo que se compra es casi siempre «mejor» que lo que hace él mismo. Es preciso encontrar un sector, su sector, en el que se explye esta necesidad de fabricar.

Nos entusiasmos, quizás demasiado ligeramente, ante las producciones precoces de nuestros niños. Este entusiasmo artificial no engaña a nadie. El niño, como el padre, sabe que la caja de cigarrillos que cierra mal o la bolsa de pan que se deshilacha por las costuras tiene un valor afectivo por el vínculo que estos objetos simbolizan.

EL DERECHO DEL NIÑO A JUGAR

La IPA (Asociación Internacional para los campos de Juego) (International Playground Association) reunida en Malta, ha discutido diferentes aspectos del derecho del niño a jugar.

Esta Convención de Malta proclama que el juego es tan indispensable para el pleno desarrollo del niño como la satisfacción de sus necesidades esenciales en alimentación, salud, vivienda y educación.

El niño es la base sobre la que se apoya el porvenir del mundo.

El juego es mucho más que un pasatiempo. El juego es vida. El juego es instintivo. Voluntario. Espontáneo. Natural. Exploración. Comunicación. Expresión. Una acción y reflexión. Proporciona satisfacción y un sentimiento de plenitud. Siempre existió el juego y afecta a todos los aspectos de la vida.

La Convención de Malta se alarma ante la existencia de algunas tendencias alarmantes, como son: el desconocimiento, por parte de la

sociedad, de la importancia del juego; el excesivo acento que se pone en la escuela a la enseñanza de tipo tradicional; la escalada de deshumanización en las grandes aglomeraciones; la forma inadecuada de viviendas (edificios altísimos, por ejemplo); la urbanización deficiente y la pésima organización de la circulación; la creciente explotación comercial de los niños engendrada por la comunicación de masas, la producción en serie y la degradación de los valores individuales y culturales que de ahí proviene; la preparación insuficiente de los niños para los rápidos cambios de la sociedad.

En el cuadro del Año Internacional del Niño, la Convención de Malta lanza una llamada a todos los países y organismos competentes para que resuelvan seriamente tomar medidas para contrarrestar estas tendencias alarmantes y para que hagan figurar en lugar apropiado e incluyan en su orden de prioridades la elaboración de programas a largo plazo que garanticen para siempre el derecho del niño a jugar.

En una civilización rural el niño tiene deseos que pueden satisfacer: ganas de corretear, de producir sonidos, de ejercitar su cuerpo, de actuar sobre lo que le rodea. Para adornar estas actividades, los intermediarios están ahí, al alcance de la mano, ofrecidos por la naturaleza. Al fabricar sus propios juguetes, el niño responde directa e inmediatamente a sus necesidades. Al comprarle juguetes al niño, el adulto responde a necesidades supuestas. La respuesta no puede ser siempre adecuada y ciertamente no es inmediata. Entre el deseo de manipular la tierra y la compra de pasta para modelar transcurre, a veces, largo tiempo. ¡Y eso sin hablar de los juguetes destinados para tal edad,

ellos mismos las marcas de su progresión, de saber que también son mirados y apreciados por las personas que les rodean. En primer lugar la adquisición del lenguaje, luego los progresos escolares son sin duda, los más valorados por los padres, como si fueran los más «serios». Pero por condescendencia, para agradar, o por verdadero interés, admiran y aplauden también las creaciones del hijo. Cada uno puede encontrar su oportunidad y quizás su verdadero lugar. Cada uno puede desarrollar su talento propio y mostrarlo a los demás. En algunas familias, donde los niños tienen a su libre disposición materiales variados, y un lugar para almacenarlos y trabajar con ellos, la creación es continua.

Pero para guardar los pitillos, o el pan, se adquirirá, después de algunos días, otros objetos manufacturados más conformes al uso —y también al gusto— de los padres. De ahí se deduce, entre otras cosas, que cada uno a su oficio: el niño puede jugar, esto es propio de su edad, pero su papel «serio» es el éxito escolar. Un problema mal resuelto supone un disgusto, pero una caja de cigarrillos arqueada, no tiene importancia... Por esto, el jardín de infancia, es la edad de oro para las «producciones artísticas» infantiles: el niño se puede entragar sin reservas, no tiene nada mejor que hacer, por el momento. Pero a los ocho años, a los diez, a la maravillosa edad en la que el niño podría realizar lo

que él imagina, se le permite mucho menos: falta el tiempo o el espacio, tanto en la escuela como en la casa.

Por otra parte existe el peligro de lastimarse o hacerse daño. La obsesión por la seguridad estrecha todavía más los barrotes de la jaula. Un niño de tres años que cose un pijama para su uso, ha utilizado una aguja puntiaguda y las tijeras, bajo la mirada atenta de su madre. Pero en los grupos de niños, este problema está siempre presente.

Sería estupendo que nuestros hijos pudiesen fabricar un taburete de madera, por ejemplo, que no cojea y sobre él que se pudiera sentar el hermano pequeño, o subirse la mamá para alcanzar un bote de frutas. Podría decir entonces, que es útil y realiza un papel en el mundo de los adultos, un papel que no le ha sido impuesto.

LOS JUGUETES-HERRAMIENTA

Después de haber constatado que nuestro medio no es rico en posibilidades, que nuestra actitud sobre el trabajo manual, el dinero, la escolaridad, condiciona precozmente a nuestros hijos, que ellos carecen de medios para acceder fácilmente a la autonomía, se puede preguntar cuáles serían los juguetes modernos que podrían tener los hijos de un modo moderno. Si el desarrollo técnico es la característica esencial de nuestra sociedad, parece lógico que la respuesta, debería estar en las herramientas. Se puede jugar con la electricidad o la electrónica. Pero con herramientas de verdad, con auténticos accesorios, y

no con esas cajas preparadas que, sólo permiten poner una bombilla en el extremo de un hijo y que recuerdan el uso doméstico, pasivo, de la electricidad. Al crear el niño un circuito que haga parpadear las luces, mover uno u otro mecanismo, tendrá la sensación de dominar, de dirigir la energía. El éxito de los trenes y de los circuitos de coches se basa en este principio, pero quizás, es un cuadro excesivamente rígido, demasiado comercializado. Conocemos a niños que son fabricantes geniales, pero son una minoría: es necesario mucha obstinación e interés para resistir al medio ambiente comercial que nos rodea. La mayoría de los niños precisarían la presencia estimulante de un adulto o la de otro niño mayor que explicara, propusiera, aconsejase, del apoyo de otros niños que se asociaran al proyecto y se entusiasmaran juntos.

En Francia existen ya clubs «técnicos» que pueden ofrecer a los niños estas posibilidades que les faltan. Muchos se crean espontáneamente, respondiendo a la demanda, a veces muy práctica de los niños. Por ejemplo, los «enfants animateurs de Sévres» organizaron un taller de pequeñas motos y bicicletas en el que los mayores inician a los más jóvenes. Fabrican también cochecitos, pequeños remolques, carros, etc. Se han reunido tres condiciones: grados diversos de aprendizaje, un local, materiales y herramientas.

Estos mismos niños fabrican también marionetas, móviles, adornos para fiestas con embalajes usados, etc. Por otra parte su inserción en la vida del barrio, original en este grupo, es una respuesta al deseo de auto-

nomía del niño y a la participación en el mundo de los adultos.

Otro de los sectores que tanto los niños como los adultos comienzan a explotar es el de la música. Con la radio, la tele, los tocadiscos estéreo, oímos música como jamás lo habíamos hecho. Y poco a poco surge la idea de que el niño puede encontrar placer, también, en producir él mismo música. No sólo practicando instrumentos clásicos, sino también nuevas fuentes sonoras, desde las más sofisticadas o las más sencillas. Algunos niños inventaron, por ejemplo, instrumentos hechos con globos hinchados más o menos que cada uno hacía sonar de diferente manera. Para algunos, esto es un ataque a la Música, con una M grande, para muchos otros, es el descubrimiento de un placer inmenso al rimar un canto, participar físicamente en una ambientación sonora colectiva, y sobre todo, participar, cada uno a su manera, en lo que se inventó.

Después de todo esto, a la hora de comprar unos juguetes, ¿vamos a comprar sólo materiales ecológicos o aparatos más o menos completos? La respuesta no es fácil y sin caer en la trampa del consumismo, hay que pensar también que los niños tienen derecho a objetos fabricados, reflejo del mundo de los adultos...

Lo esencial, para un juguete fabricado o comprado, reside en su «valor lúdico», la posibilidad que tiene el niño de hacer lo que quiere y encontrarle gusto.

CHANTAL LOMBARD Y
MICHELLE DE WILD
L'école des parents. n.º 10/78
Diciembre

Actividades para la Escuela de Padres

1. Cada uno (o pareja) del grupo:
 - a) que traiga un catálogo de los juguetes que tienen sus hijos
 - b) su origen (personas que regalan y sus motivaciones) (ocasiones: santos, reyes, primeras comuniones...)
 - c) su relación con la publicidad
 - d) sus precios
 - e) el modo *real* de utilizar los juguetes: Los abandonados, los preferidos, ¿juegan sentimentalmente o a exhibicionismo?
2. Qué problemas reales nos planteamos los padres en torno a los juguetes de nuestros hijos.
3. Síntomas (sacándolos de la vida y del contenido de este artículo) de manipulación del niño por la sociedad del consumo a través de los juguetes.
4. Recomendaciones que unos padres se hacen a sí mismos sobre los juguetes de los hijos.

08. ENCUESTA

